

La palabra cautiva

Vasili Grossman y los tiempos totalitarios

Daniel Duarte López

“El fascismo y el hombre no pueden coexistir. Cuando el fascismo vence, el hombre deja de existir, quedan solo criaturas antropoides que han sufrido una transformación interna. Pero cuando es el hombre, el hombre dotado de libertad, razón y bondad, el que vence, es el fascismo el que muere y aquellos que se habían sometido a él vuelven a ser hombres.”

Vasili Grossman

Este ensayo ofrece al lector una reflexión política sobre la obra literaria del escritor Vasili Semiónovich Grossman (Berdíchev, 1905 – Moscú, 1964). Su comprometida lucha moral contra los totalitarismos del siglo XX¹, su monumental obra, que se erige como testimonio y advertencia frente a cualquier futuro intento proveniente del poder por silenciar la conciencia personal, y su destino trágico a manos del poder soviético, convierten a Grossman en un autor imprescindible dentro de la literatura libertaria.

Múltiples son los rasgos que hicieron del totalitarismo el peor enemigo de la libertad en el siglo pasado, pero este ensayo profundizará especialmente sobre el carácter

¹ La denuncia contra el totalitarismo como fenómeno social generó mucha de la mejor literatura del siglo XX: Yevgeny Zamyatin, George Orwell, Franz Kafka, Varlam Shalámov, Alexandr Soljenitsin, Aldous Huxley, Imre Kertész, entre otros, lucharon, pluma en mano, contra la represión de la conciencia individual. En este ensayo nos enfocaremos solamente en la aportación de Vasili Grossman, específicamente en su novela *Vida y destino* (1959).

ensor del Estado totalitario². La censura de las ideas es la más infame forma de represión contra el espíritu humano, pues le niega al hombre su derecho a ejercer plenamente su individualidad; niega además al resto de la humanidad la posibilidad de conocer las ideas de las mejores mentes de su generación. La censura no sólo impide el progreso científico y artístico de las sociedades; de manera más grave aun, impide su progreso moral³.

Aunque la sombra de la censura acompañó a Grossman durante toda su obra, esta generó, desde la clandestinidad, un vertiginoso río de tinta que socavó la legitimidad del régimen soviético hasta provocar su caída definitiva⁴.

I. La marca totalitaria

Vasili Grossman experimentó como pocos la brutalidad de los regímenes totalitarios del siglo XX. De origen judío, sufrió la pérdida de su madre, Ekaterina Savélievna Grossman, asesinada en 1941 por tropas nazis que incursionaban en Berdichev, en la

² En su prólogo de 1966 a la tercera parte de *Los orígenes del totalitarismo* Hannah Arendt señalaba que tras la muerte de Stalin y el deshielo propuesto por Jrushchov ya no podía hablarse de totalitarismo en la Unión Soviética. ¿La razón? Aunque fuera de manera clandestina, las obras artísticas circulaban ya por las calles. La censura era ya imperfecta. Sin censura no hay totalitarismo.

Recordemos también que tras la caída de Jrushchov y el arribo de Brézhnev la censura recrudesció en la Unión Soviética.

³ En su diáfano ensayo *Sobre la libertad* John Stuart Mill imagina una especie de mercado de las ideas, donde el intercambio de opiniones correctas y erróneas contribuyen a alcanzar la verdad. Gracias al error, de manera no infrecuente, surgen ideas acertadas e incluso geniales. El censor, al prohibir las ideas que él considera erróneas, sólo trae atraso a la sociedad en la que ejerce su triste papel.

⁴ Muchos fueron los elementos que propiciaron la caída de la Unión Soviética. La discusión de esos elementos escapa a los alcances de este ensayo. Uno de ellos, el cual nos interesa especialmente aquí, fue la labor crítica de la disidencia intelectual. En este caso, la tinta horadó la roca.

actual Ucrania, mientras él se encontraba en Moscú. Grossman no conocería el destino de su madre hasta dos años después, cuando Kiev fue liberada por el ejército rojo⁵.

Privado de su madre por el totalitarismo nazi, Grossman sufriría también la pérdida de su conciencia literaria a manos del totalitarismo soviético. Su novela *Stalingrado*, concluida en 1949, no fue publicada sino hasta 1952 después de pasar por un ultrajante proceso de censura que culminó por excluir cientos de pasajes que el régimen encontró inadecuados⁶. Los censores soviéticos decidieron incluso cambiar el nombre original a la novela, siendo *Por una causa justa* el nombre bajo el que apareció en la revista literaria *Novi mir. Vida y Destino*, continuación de la anterior novela, nunca vio la prensa en vida del autor, pues fue retenida por las autoridades socialistas por veinte años.

No sorprende entonces que para Grossman el tema de la libertad se haya convertido en una obsesión personal y literaria. Para Grossman todos los totalitarismos son el mismo totalitarismo. A pesar de las sutiles diferencias ideológicas, todo totalitarismo apunta a un mismo objetivo: la confiscación de las libertades, el exterminio de las individualidades, el acallamiento de las voces. Sólo una altiva voz debe resonar: la del incontestable Estado.

⁵ La pérdida de su madre será uno de los motivos principales de su obra. En *Vida y destino*, su magna novela, su madre aparece bajo el nombre de Anna Semiónova.

⁶ Robert Chandler nos cuenta en el epílogo a *Stalingrado*, (Grossman, 2020) que la novela debió ser escrita cuatro veces antes de ser aceptada por los censores. Borís Agapov, miembro del consejo editorial de la revista literaria *Novi Mir*, escribió a Grossman: “lo que yo me propongo es despojar a la novela de esos momentos peligrosos y conseguir que no quede nada en ella que resulte reprensible”.

De compleción enfermiza, Grossman no pudo combatir como soldado regular al lado del ejército rojo cuando Alemania invadió la Unión Soviética en 1941. Este azar del destino lo llevó a alistarse como periodista para el diario *Estrella Roja*, voz del ejército en guerra. Sus crónicas cobraron fama entre los soldados del ejército; Grossman narraba el infierno en el que se encontraba con pluma ágil y poderosa. En agosto de 1942 es enviado a Stalingrado, justo cuando iniciaba el asedio alemán, un hecho que lo marcará de por vida. Sus visiones de guerra serán incluidas en las novelas *Stalingrado* y *Vida y Destino*⁷.

II. Vida y Destino

*Vida y destino*⁸ es una novela sobre la libertad en tiempos totalitarios.

Los tiempos totalitarios son los tiempos del silencio, de un silencio que surge de la desconfianza ante el otro, del miedo ante la posible delación. El vecino, el amigo, la persona amada, el propio padre: todos son posibles denunciadores⁹. Los tiempos

⁷ La editorial Galaxia Gutenberg ha incluido sus escritos de guerra en un volumen llamado “Años de guerra”, publicado en 2009. Ahí se incluye, entre otros, “El infierno de Treblinka”, primer testimonio sobre los campos de concentración alemanes. Este texto fue utilizado en el Tribunal de Nuremberg como prueba contra los nazis.

⁸ Terminada en 1959, no fue publicada sino hasta 1980. La censura soviética no permitió a Grossman ver publicada su gran obra.

La trama de la novela se desarrolla de manera simultánea dentro de los campos de trabajo soviéticos, los campos de exterminio alemanes, y el campo de batalla.

⁹ Sobre las escuchas y el espionaje a ciudadanos comunes por parte del Estado totalitario vale la pena ver la película “La vida de los otros” (*Das Leben der Anderen*, 2006) de Florian Henckel von

totalitarios son tiempos de una uniformidad absoluta; tiempos en donde lo diverso no tiene cabida. Es posible hablar de una arquitectura totalitaria: colosal, gris, impenetrable, uniforme¹⁰. Es también posible hablar de la constitución humana bajo el totalitarismo. ¿Cómo luciría un hombre bajo el pesado manto del totalitarismo? ¿Encorvado, sumiso? Más allá de sus características físicas, podemos imaginar a la creación del totalitarismo como un ser mudo, desprovisto de palabra, incomunicado. El totalitarismo, a través del miedo, pero también a través de su poder de seducción — el castigo y la recompensa van siempre de la mano— rompe los lazos de comunicación entre los hombres, es justo ahí, en ese rompimiento, en donde el humano pierde su más grande don: la palabra.

A lo largo de la novela de Grossman nos encontramos frente a esa necesidad de callar, de no hablar más de la cuenta; este silencio es un silencio autoimpuesto que, a cambio de la libertad, proporciona seguridad. Triste dilema. Esta totalitaria domesticación de la rebeldía se acompaña además de la culpa: en época de guerra no se debería hablar mal del Estado. Quien lo haga corre el riesgo de ser considerado un agente de la burguesía, un provocador. Las charlas de Víktor Shtrum¹¹ en Kazán ejemplifican este hecho. Su compañero Sokolov, brillante físico teórico, se empequeñece frente al Estado. Esa sumisión tiene un origen; es el miedo a la autoridad estatal tras la colectivización y las purgas ordenadas por Stalin en 1937 y

Donnersmarck. Ahí encontramos a dignísimos personajes defendiendo su derecho a tener una vida privada.

¹⁰ La uniformidad de la arquitectura totalitaria nos dice Grossman, expresa su carácter inhumano. *Vida y destino* abre con una descripción de esta arquitectura.

¹¹ Personaje de la novela. Probablemente la personificación del mismísimo Grossman.

A lo largo del ensayo nombraremos a algunos personajes, algunos históricos, incluidos en la obra.

1938. El Estado alecciona en el miedo. Víktor habla, discute sobre política frente al sospechoso liberal Madiárov, se permite cuestionar las decisiones del Estado, pero, ante las miradas de sus compañeros de velada, entiende de inmediato que no es dueño de sus palabras. Nadie lo es. Se rebela contra ese silencio, “la fuerza que impide a los hombres ser hombres” (Grossman, 2019, p. 363), mas no tiene la fuerza para sostener su rebelión. Sus palabras caen al suelo en cuanto son pronunciadas. Este tormento, convertido en reproche ante la propia cobardía, es uno de los rasgos principales del noble Víktor Shtrum. Este dilema, ¿hablar o callar?, se convierte en una de las preguntas fundamentales de la novela: ¿cómo seguir siendo un hombre en una época totalitaria? ¿Cómo seguir siendo dueños de nuestras palabras? *Vida y destino* es un poderoso homenaje a esas millones de voces acalladas bajo los totalitarismos soviético y alemán.

III. El tibio abrazo del Estado

No es fácil encontrar a un protagonista único en *Vida y destino*. Al inicio uno esperaría que el viejo comunista Mostovskói fuera nuestro personaje principal, pues su historia sobresale durante las primeras páginas de la novela. No es sino hasta haber avanzado cientos de páginas que el lector encuentra en Víktor Shtrum, físico teórico de genio, el personaje al que Grossman vuelve más a menudo durante la narración. Su fuerza moral, su genialidad en el campo de la ciencia, su tormentosa vida interior, su rebeldía innata — esa incesante búsqueda por su humanidad — lo hacen ser quizá, el personaje más entrañable de una obra en la que abundan los personajes entrañables. Shtrum libra varia batallas; la batalla del genio, su arduo trabajo en el campo de la

física teórica, la búsqueda por el reconocimiento personal; la batalla sentimental, su amor prohibido por María Ivánovna y, quizá la más importante, su batalla por la conciencia, su lucha por seguir siendo un hombre dotado de voz. Esta es la gran lucha por la libertad, una batalla que cada personaje libra a su manera a lo largo de la novela.

Pero la lucha por la libertad no es sólo una lucha contra el Estado, sino contra él mismo. Shtrum no ha normalizado, como sí lo ha hecho su colega Sokolov, ese silencio autoimpuesto que es producto del temor al Estado. Mientras el segundo rehúye a las charlas políticas, el primero las busca. Shtrum es impulsivo en sus charlas, imprudente, crítico, liberal. Sabe, no obstante, que ese comportamiento le traerá problemas. Sus charlas en Kazán al lado del historiador Madiárov serán una fuente constante de preocupaciones en el futuro. Sus críticas al sistema (sus juicios sobre el diario *Pravda*, su defensa de Bujarin frente al mismísimo Krímov) son impulsivas, al grado de llevarlo al arrepentimiento apenas unos segundos después de ser pronunciadas. El dilema que se le presenta es el siguiente. ¿Vale la pena ejercer la libertad — expresión inequívoca de la individualidad— si ello significará desmerecer el tibio abrazo del Estado? Dicho de otra manera, ¿vale la pena pagar el precio a cambio de obtener la protección y el aplauso del Estado? Dicho precio es la conciencia propia. Shtrum es un hombre de genio y lo sabe. Es, por ende, egocéntrico. Busca el reconocimiento de sus colegas, pero también el del Estado. Hombre de talante romántico, Shtrum se cree por momentos preparado para soportar el desprecio de sus colegas y la persecución de las autoridades. Ceder la propia conciencia es un precio muy alto que él no está dispuesto a pagar. Sus charlas liberales han llegado, sospecha, a los oídos del omnipresente Estado. Shtrum ya escucha en su cabeza el toquido de la puerta, el paso de las botas

militares; vendrá el arresto, el destierro en Siberia, el fin de su carrera científica, el olvido. Sabe que lo soportará, que podrá con eso. Pero ello no ocurre. Por el contrario, el Estado lo abraza cálidamente. Recibe una llamada de Stalin. La voz del Estado lo busca y al encontrarlo lo seduce. Una palabra del poderoso Estado basta. Su abrazo representa la seguridad individual de Shtrum, el fin de sus miedos, el tan ansiado reconocimiento. A cambio se le pide su libertad de conciencia, su voz, su individualidad. Para un moralista como Shtrum será más difícil resistirse a la adulación y al éxito que a la idea del exilio. Shtrum no es feliz, (¿lo es alguien en estas páginas?). Para él la vida es dilemática. Y de cada decisión depende la conciencia propia.

A lo largo de las páginas de *Vida y destino* surge la pregunta por el acto moralmente correcto. ¿Cómo debemos actuar frente a la injusticia? Shtrum representa esa lucha por actuar siempre de manera correcta a pesar de las circunstancias. La firma de la carta de acusación al profesor Pletnirov y al doctor Levin, parte del juego político entre las potencias occidentales y la Unión Soviética, representan el clímax del dilema para Shtrum¹². Al firmarla Shtrum traiciona todo en lo que cree. Se dobla frente al Estado. Deja de ser un hombre para convertirse en ganado “bien alimentado” (Grossman, 2019, p. 1062). Ha firmado no por miedo, sino por sumisión, sentimiento quizá peor que el miedo, pues en el miedo aún hay humanidad. Mucha humanidad. Su

¹² El juicio realmente existió y se llevó a cabo en 1938. Fue el último juicio de la llamada Gran Purga que comenzó el año previo. Una de las acusaciones hacia Pletnirov y Levin fue “desviacionismo” hacia la derecha; el cargo de asesinato al último clásico ruso, el maestro Maksim Gorki, fue también real, aunque al parecer no fue el principal. Tanto Pletnirov como Levin fueron fusilados.

Los cargos fueron infundados y ambos fueron rehabilitados a posteridad, tras la caída del comunismo. Para el interesado en observar cómo se desarrollaba un proceso inquisitorio dentro de la Unión Soviética estalinista, el documental *Process* (2018) de Sergei Loznitsa lo muestra de la manera más realista posible.

triunfo material e intelectual frente a sus colegas y el mundo científico es también su derrota moral.

IV. La bondad como valor supremo. El anarquismo humanista de Grossman.

“El bien no está en la naturaleza, tampoco en los sermones de los maestros religiosos ni de los profetas, no está en las doctrinas de los grandes sociólogos y líderes populares, no está en la ética de los filósofos. Son las personas corrientes las que llevan en sus corazones el amor por todo cuanto vive; aman y cuidan de la vida de modo natural y espontáneo. Después de una jornada de trabajo prefieren el calor del hogar a encender hogueras en las plazas.”

Ikónnikov, en *Vida y destino*

Es paradójico que los mayores crímenes contra la humanidad hayan sido cometidos *en nombre del bien*. Cuando el nazismo decidió trágicamente perseguir al pueblo judío lo hizo *por el bien* de la raza aria; cuando el bolcheviquismo exterminó a sus enemigos políticos, lo hizo *por el bien* de la revolución. ¿Recordamos acaso a un gobierno, a un Estado cualquiera que haya cometido crímenes en nombre del mal? Seguramente no. Todos ellos lo hacen en nombre del bien.¹³

¹³ Incluso regímenes democráticos como los Estados Unidos justifican sus violaciones a las libertades en nombre de un supuesto bien mayor. El caso del centro de detención de Guantánamo es paradigmático. La prisión fue abierta en 2002 por George W. Bush como parte de su lucha en contra del terrorismo. En el mismo año se admitió que incluso niños formaban parte de la población carcelaria, sin acusación formal ni acceso a abogados.

Cuando Hannah Arendt nos describe el carácter del criminal de guerra Adolf Eichmann, encontramos a un burócrata que nunca pensó siquiera que en el acto repetitivo de mandar a miles de personas a morir en las cámaras de gas pudiese haber *maldad*. ¡Eichmann no mostraba siquiera odio hacia los judíos! “«Personalmente» nunca tuvo nada contra los judíos, sino que, al contrario, le asistían muchas «razones de carácter privado» para no odiarles.” (Arendt, 2003, p. 21). Eichmann pensaba que simplemente cumplía con su trabajo. A esta normalización de la maldad, Arendt le llamó *la banalidad del mal*.

En la novela de Grossman los funcionarios de la Lubianka, jueces que enviaban a los presos al *Gulag*, eran hombres de familia que veían en estos actos meras rutinas laborales. La tortura era parte de sus labores diarias, tras de lo cual, podían tranquilamente telefonar a su mujer para preguntar por la cena que juntos degustarían al anochecer.

Para Soljenitsin (1974) “antes de hacer el mal, el hombre tiene que concebir el mal como un bien o como una acción lógica, con sentido” (p. 153). Dicho sentido se encuentra para él en la ideología: “los inquisidores se confortaban con el cristianismo; los conquistadores, con el engrandecimiento de la patria; los colonizadores, con la civilización; los nazis, con la raza; los jacobinos, con la igualdad, la fraternidad y la

En sus memorias, el expresidente Bush afirmó que la tortura que ahí se cometía “ayudó a salvar vidas” https://elpais.com/internacional/2010/11/09/actualidad/1289257203_850215.html. Violar los derechos humanos, para Bush, era justificable en nombre de un bien mayor.

A pesar de las peticiones de organismos como *Amnistía Internacional* para que la prisión de Guantánamo sea cerrada definitivamente, esta sigue en funcionamiento en 2021.

felicidad de las generaciones futuras” (Soljenitsin, 1974. p. 153). La ideología justifica: *yo no soy malvado, sino que cumplo la función que mi Estado, mi patria, mi religión, me indica. No soy yo, es algo superior a mí.* Así razona el fanático, quien, al actuar de esta manera, renuncia a su individualidad.

Al igual que Soljenitsin, Grossman creía que el bien no puede ser un valor supremo, pues la idea de bien es relativa. Además, en manos de los poderosos, la idea de bien puede convertirse en cualquier otra cosa. El tirano siempre encontrará la forma de justificar sus actos. De esta desconfianza en los poderosos y en sus grandes programas ideológicos surge la propuesta moral de Grossman. En él leemos a un anarquista a la manera de Whitman, —en boca de Shtrum “nada valía tanto como la verdad, la pureza de un pequeño hombre, ni siquiera el imperio que se extendía del océano Pacífico al mar Negro, ni tampoco la ciencia” (Grossman, 2019, p. 1066) — a un amante de la libertad individual, a un despreciador del poder totalitario y de las justificaciones que éste adopta para cometer sus crímenes, el mayor de los cuales es la deshumanización de sus dominados. Ningún imperio vale más que la libertad del más insignificante de los hombres.

Quizá el personaje de *Vida y destino* que mejor representa este anarquismo humanista es Ikónnikov. No sorprende que Ikónnikov haya sido tolstoísta. Esta confesión, basada en las enseñanzas de otro gran anarquista, Lev Tolstói, es una especie de cristianismo desinstitucionalizado. Su credo es simple, pues se basa en el llamado Sermón de la montaña. En ese sermón podemos intuir un profundo amor por aquél que, por no haberse doblado frente al poderoso, ha sido injuriado, reprimido, humillado: “dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque el reino de los

cielos les pertenece” (Mt. 5, 10). ¿Es posible concebir en nuestra realidad a un hombre como Ikónnikov, el cual presencié el sufrimiento humano (el sufrimiento es protagonista siempre presente durante la obra de Grossman) como pocos? Sus ojos vieron a una madre enloquecida por el hambre devorar a sus hijos, vio a los deskulakizados caer muertos en la nieve tras andar por jornadas sin fin, presencié ejecuciones en masa, trató de salvar a cuantos pudo, pidió a los demás esconder a los judíos de los nazis, ¡intentó actuar! Perdió la razón como la pierde aquel que ha visto mucho y sabe que no todo se puede explicar con la razón, que ésta no es siempre útil para comprender, que ésta no es de utilidad cuando se vive en una época de sinrazón absoluta.

Nuestro *yuródivi*¹⁴, como se le llama en la novela, plantea uno de los temas más interesantes y ricos de la obra al hacer una distinción entre el bien y la bondad. Esta cuestión se desarrolla en apenas un párrafo en la primera parte de la novela dentro de un campo de concentración alemán, en una charla junto al bolchevique Mostovskói. Posteriormente se profundiza sobre la cuestión en un escrito suyo confiscado por los alemanes. Ikónnikov no cree en el bien, sólo en la bondad. Sostiene que los mayores crímenes en la historia de la humanidad se han hecho en nombre del bien: el bien de la raza, de la nación, de la clase, del partido, etc. Si le preguntásemos a Hitler, afirma, nos diría que construyó los campos en nombre del bien. Pero una idea del bien que busca imponerse incluso por la fuerza sólo puede generar sufrimiento y tiranía. En palabras de Ikónnikov “aquellos que luchan por el propio bien tratan de presentarlo como el bien general. Por eso proclaman: mi bien coincide con el bien general, mi bien no sólo es imprescindible para mí, es imprescindible para todos” (Grossman, 2019, p. 514). La

¹⁴ El *yuródivi* es el loco por la causa de Cristo (Corintios, 4, 10).

idea de bien es pomposa, ostentosa, altanera, se presta para el discurso demagógico; es, ante todo, sectaria. La bondad, en cambio, se da en la intimidad, en los pequeños actos, sin más repercusión más allá del acto mismo. Una sonrisa vale en sí misma. Ahí hay bondad, aunque pueda no haber un sentido de utilidad¹⁵. Si bien en Ikónnikov hay rasgos de anarquismo cristiano, él no presenta al cristianismo y su amor al prójimo a la manera dostoievskiana, autor en donde la redención aún es posible. El amor al prójimo que fue anunciado por Cristo, una doctrina que hermana, ha generado también discursos de odio, guerras de religión, exterminios de pueblos enteros. Esta corrupción de la idea de bien llegó a su clímax en el siglo XX. La inocencia ya no es posible en el siglo de los campos de exterminio¹⁶. Como todo hombre que presencié la barbarie del siglo XX, Ikónnikov ya no es inocente. Paradójicamente, este loco sabe demasiado. Ha perdido la batalla por la razón y ahora sólo lucha por conservar su humanidad. ¿Y cuál es el último reducto de humanidad dentro de uno mismo sino *la capacidad para decidir libremente*? Ikónnikov, como proponían los existencialistas¹⁷, nunca deja de verse a sí mismo como un sujeto que decide, un individuo que siempre será libre de decirle ¡No!, incluso al todopoderoso Estado. Frente al sacerdote italiano Guardi y al menchevique

¹⁵ Escribe el poeta alemán Angelus Silesius que “la rosa no tiene un porqué, florece porque florece...” (*Die Rose ist ohne Warum, sie blühet weil sie blühet...*). Este verso es el verso antiutilitario por naturaleza. Hay cosas que son valiosas en sí mismas, sin importar su utilidad. La bondad es una de ellas.

¹⁶ Esta idea nos recuerda a Adorno cuando escribió en *Crítica de la cultura y sociedad*: “escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie” (*Nach Auschwitz ein Gedicht zu schreiben, ist barbarisch*).

¹⁷ Fue Jean Paul Sartre quien vio *Mala fe* (*Mauvaise Foi*) en las justificaciones humanas que pretenden negar la propia libertad para decidir. Culpar a las circunstancias ante la propia acción o inacción significa actuar de *Mala fe*. Los prisioneros seguramente no estaban de acuerdo con participar en la construcción de los campos de exterminio. Dirían, no obstante, que no tenían opción. Ikónnikov les demuestra lo contrario, aunque ello le represente la muerte.

Mostovskói toma una postura frente a la posibilidad de cooperar con la construcción de los campos de exterminio: “no diga que los culpables son los que te obligan, que tú eres un esclavo, y que no eres culpable porque no eres libre. ¡Yo soy libre! Soy yo el que está construyendo un *Vernichtungslager*¹⁸, yo el que responde frente a la gente que morirá en las cámara de gas. Yo puedo decir ¡No!” (Grossman, 2019, p. 385.) Esta escena, como tantas en *Vida y destino*, irradia dignidad. Los comunistas que presencian la escena creen que Ikónnikov, un loco, después de todo, está fuera de la lucha por los ideales, fuera de la lucha de clases, fuera de la lucha contra el fascismo. Pero la causa de Ikónnikov es la causa de la humanidad, una causa que vale la pena defender, aunque esté perdida. Ikónnikov es ejecutado por los nazis al negarse a trabajar en la construcción del *Vernichtungslager*.

V. Todos los totalitarismos son el mismo totalitarismo

Grossman contrapone los dos grandes sistemas totalitarios del siglo XX, el nacionalsocialista y el soviético, para mostrar que sus semejanzas fueron mayores que sus divergencias. ¿No intentaron ambos la eliminación de la oposición política, la desaparición de las diferencias en todos los campos de la vida, el silenciamiento de las conciencias individuales? Bajo esta interpretación, las luchas ideológicas entre nazis y soviéticos serían simplemente grotescas representaciones de un mismo rol. En esta denuncia, Grossman se muestra como un autor liberal. Es necesario señalar que para

¹⁸ *Campo de exterminio*. El verbo alemán *vernichten* significa literalmente “llevar a la nada” (donde el sustantivo *Nichts* significa “nada”). La palabra es cruda, pero describe la función de los campos, los cuales no solo quitaban la vida, sino que le negaban la humanidad al prisionero; para el régimen, este era “nada”.

un liberal tanto el nacionalsocialismo y el comunismo comparten un único rasgo que los hace igualmente denunciados: su antiindividualismo. Por ello es necesario abordar *Vida y destino* como una novela política, y a Vasili Grossman como un autor comprometido con una causa política: la causa de la libertad individual¹⁹. Por ello su héroe principal, Víktor Shtrum, es un individualista extremo, un defensor del derecho del ser humano a poseer una conciencia propia. Pero este anhelo de libertad también se encuentra en Anna Semiónovna, en Aleksandra Vladímirovna, en Madiárov, en Guardi, en el mismo Ikónnikov, en Sofía Ósipovna, etcétera. Todos ellos y a su manera son defensores de este derecho humano, un derecho que no es solamente político, sino que se presenta como un derecho moral, pues se es hombre antes que ciudadano. *No se le debe la libertad al Estado.*

En el campo de trabajo soviético hay un personaje llamativo, el cual, por desgracia, desaparece rápidamente. Se trata de Stépanov, joven profesor del Instituto de Economía. Stépanov muestra con orgullo su condición de prisionero político. Orgulloso, altivo, quizá ingenuo, repartía a sus alumnos su artículo “El Estado de Lenin y Stalin”, pero fue denunciado por estos. Una vez más el silencio: no poder hablar de política con los colegas, con los alumnos... Grossman usa a Stépanov como un perfecto contraste

¹⁹ Popoff (2020) nos cuenta que, tras el secuestro del manuscrito de su novela, Grossman escribió en 1962 al sucesor de Stalin, Nikita Jrushchov, rogándole que su obra fuera liberada. En esta carta Grossman defiende el derecho del autor a escribir y el derecho del lector a juzgar desde la propia experiencia. Es una poderosa petición al secretario general para que terminara con la censura a la intelectualidad soviética. La respuesta tardó cinco meses en llegar, mas no en forma de misiva. Se le ofreció a Grossman una cita con Mijaíl Súslov, censor e ideólogo del régimen desde los años de Stalin. Súslov rechazó devolver el manuscrito: “tu novela no se puede publicar...tu novela es un libro político...nuestro escritor, el escritor soviético, sólo debe producir lo que es necesario para el pueblo y útil para la sociedad”. Grossman moriría dos años más tarde sin ver su obra publicada.

con el fanático Abarchuk, una especie de Pável Vlášov²⁰, un apóstol de la revolución. Stépanov plantea un problema ya clásico en la novela rusa, quizá inaugurado por Turguénev: la imposibilidad de la democracia en Rusia. Escribimos sobre los personajes que, como Shtrum, representan un gran anhelo de libertad política y espiritual. Abarchuk está en el lado opuesto. El exmarido de Liudmila representa la ciega obediencia al ideal, llámese Estado, partido o clase. Junto a él podríamos incluir al ruin Guétmanov, hombre de ciega obediencia al partido, a Krímov, antes de su paso por Liubanka, y al mismo Mostovskói. Eichmann representa en la vida real esa ciega obediencia al Estado. Ningunos de ellos podría entender una crítica al partido (incluso el sacerdote Guardi escuchaba con tranquilidad los ataques que Mostovskói dirigía a la iglesia), todos ellos habrían traicionado a un amigo en nombre del partido. Abarchuk, de hecho, “creía que no sería capaz de hacer de su hijo un combatiente inquebrantable y se había negado a darle su nombre” (Grossman, 2019, p. 227). Ese hijo fue Tolia, quien, irónicamente, dio su vida por el Estado que encerró a su padre²¹. Abarchuk, un Nechájev²² novelado, representa el triunfo de la maquinaria estatal sobre el individuo. Su silenciamiento.

²⁰ El héroe de la novela socialista *Madre* de Maksim Gorki, imagen literaria del revolucionario comprometido.

²¹ No olvidemos que la guerra es el escenario bajo el cual se desarrolla toda la obra de Grossman. ¿Por qué los individuos deben dar su vida en nombre de una abstracción, por qué las madres deben perder a sus hijos en nombre de la patria (una madre abstracta), por qué cientos de miles de historias anónimas deben ser cortadas de tajo para lograr el triunfo del Estado? Ciertamente, ningún hombre puede justificar la guerra ante una madre que ha perdido a su hijo en dicho conflicto. Esta es la historia de Liudmila y Tolia dentro de la novela.

²² Serguéi Nechájev (1847-1882). Escribió, junto a Bakunin, *El catecismo revolucionario*. Defiende la extrema radicalización de la revolución y justifica el terrorismo como un método legítimo en la lucha

VI. Los enemigos de la libertad hoy. A manera de conclusión.

La censura siempre emana desde el poder. Su origen es el miedo. El miedo del poderoso a la crítica, al disenso, a la diversidad, a la pérdida del privilegio. Cuando observamos en retrospectiva las consecuencias de la censura en las artes, en la ciencia y en la sociedad, podemos concluir que estas han sido nefastas. Si la edad media fue la edad del oscurantismo, es porque fue una época de censura; el censor apaga las luces del entendimiento. Si la ilustración fue una edad de razón y progreso, es porque se atrevió a cuestionar al censor. *Sapere aude*, ¡atrévete a saber, a cuestionar!

Pero el tema de los límites a la libertad de expresión no es simple en nuestro siglo. La tentación de la prohibición está aún presente en nuestras sociedades. Al momento de escribir este ensayo, el presidente del Senado mexicano, Ricardo Monreal, presentaba una reforma para “regular” las redes sociales; el gobierno cubano, tras la más fuerte ola de protestas contra el régimen desde los años noventa, decidió cortar la luz y el internet en amplias zonas del país para así impedir la difusión del movimiento; el gobierno húngaro ha prohibido series de televisión por “promover la homosexualidad”; más de setenta países aún castigan el ejercicio de la homosexualidad en sus territorios. La lista de atentados contra la libertad de expresión y de conciencia en nuestros días es larga. La batalla por las libertades no está ganada.

contra el Estado burgués. Para Necháyev el revolucionario debe negar su individualidad, pues ya no se pertenece a sí mismo, sino al movimiento.

Es difícil defender la censura en los casos antes mencionados, pero hay quienes argumentan que no todas las opiniones deben ver la luz. Que, en ocasiones, la censura se puede justificar. ¿Debemos censurar, por ejemplo, la manifestación de ideas racistas, homofóbicas, sexistas? Karl Popper, en su conocida paradoja de la tolerancia²³ defendió el derecho de las democracias a *limitar las libertades precisamente en nombre de la libertad*. ¿Prohibir en nombre de la libertad? ¿Podemos aceptar esa renuncia? Si el siglo XX nos enseñó algo, después de todo, fue que los intolerantes pueden valerse de las libertades democráticas para conseguir el poder y desde ahí limitar las libertades más fundamentales. ¿No se benefició Hitler de las libertades otorgadas por la débil, aunque democrática República de Weimar? El argumento es poderoso y no carece de sentido histórico.

Sin embargo, nosotros creemos, junto con Nagel (1995), que la libertad de expresión es inseparable de la libertad de pensamiento. Y que esta libertad de pensamiento es a la vez una manifestación inviolable de la propia individualidad. Al censurar las opiniones violamos la autonomía de las personas. Y eso es inaceptable. Al permitir que el Estado imponga límites a la libertad individual en nombre de la moral pública, el bien común, etc., abrimos una puerta peligrosa; concedemos al Estado dominio sobre nuestras conciencias.

²³ Aunque ampliamente conocida, me gustaría citar aquí dicha paradoja. La traducción es mía:

“La tolerancia sin límites conduce a la desaparición de la tolerancia misma. Si otorgamos una libertad ilimitada incluso a aquellos que son intolerantes, si no estamos preparados para defender a una sociedad tolerante en contra del embate de los intolerantes, entonces los tolerantes serán destruidos, y, con ellos, la tolerancia misma...debemos, por tanto, en nombre de la tolerancia, reclamar el derecho a no tolerar a los intolerantes.” (Popper, 1947, p. 226)

El legado de Grossman debe erigirse como una advertencia al hombre contemporáneo. El poder del Estado no puede tener dominio sobre la conciencia del hombre, último reducto de la libertad humana.

Bibliografía

Arendt, Hannah. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.

Arendt, Hannah. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Madrid: Taurus.

Grossman, Vasili. (2019). *Vida y Destino*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Grossman, Vasili. (2020). *Stalingrado*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Nagel, Thomas. (1995). *Personal rights and public space*. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/2265389>

Popper, Karl. (1947). *The open society and its enemies. Volume I. The spell of Plato*. Londres: Routledge.

Popoff, Alexandra. (2020). *Vasili Grossman y el siglo soviético*. Barcelona: Crítica.

Soljenitsin, Alexandr. (1974). *Archipiélago GULAG*. Barcelona: Plaza & Janés.

Stuart Mill, John. (2001). *On liberty*. Batoche Books. Recuperado de:
<https://socialsciences.mcmaster.ca/econ/ugcm/3ll3/mill/liberty.pdf>